

GABRIEL ZAID

LA CHICA DE IPANEMA

Con sorpresa descubrí que estaba en Ipanema, y que la playa y ese barrio de la ciudad estaban ahí, con tanta naturalidad como el letrero que lo anunciaba. Pero yo esperaba otra naturalidad, y empecé a verlo todo con asombro, como si fuera a ocurrir un milagro, ante el cual pudiera decir:

*Mira qué cosa tan linda,
tan llena de gracia...*

Las dos imágenes se superponían, como cuando se encuentra a un viejo conocido, y uno está viendo al estudiante que fue, al mismo tiempo que al señor calvo y solemne. O al descubrir que el autor de unos textos libérrimos y tropicales, donde la naturaleza anda desnuda, es un señor de anteojos y maletín, vestido como funcionario.

El mar de automóviles me arrojó a la playa de un café con vista a la playa. Y en las playas blancas del periódico (*Journal do Brasil*, 16 de agosto de 1975) empecé a escribir:

*El mar insiste con fragor de automóvil
El viento sopla con dulzura de automóvil
El sol espléndido como un automóvil
La vida pasa como un automóvil
Los cuerpos rompen olas de automóviles
Una mulata majestuosa y descalza como un automóvil*

Me molestó el último verso: me pareció turístico. Buscando alternativas, no sé por qué puse *Venus*. Yo escribía movido por el asombro de que la Ipanema mítica de mi memoria fuera de pronto un barrio municipal, y para eso *Venus* no venía al caso.

Pero la imagen de *Venus* tiene sus propias exigencias: divinidad, erotismo, aparición. Después de haber escrito una línea meramente paralela:

Venus sale magnífica y descalza como un automóvil

empecé a escribir más de lo que podía haber en un verso: *Lentamente, del mar, los pies descalzos, chorroando espuma, divinemente, majestuosamente, los pechos amplios, brota un automóvil.*

Era un borbollón de palabras ante un nuevo asombro, distinto; ante otra superposición de imágenes. Aunque había escrito antes *Una mulata... como un automóvil*, no la había visto. Quiero decir: no como una aparición. Había puesto *como un automóvil* tétoricamente, repitiendo el final de los versos anteriores. Y de pronto la vi, la adoré, como si estuviera ante el *Nacimiento de Venus*. Todavía escribí torpemente: *por los pechos espléndidos, sus curvas, como si lo importante de la visión fuera la analogía visual con las curvas de un automóvil*. Supongo que me desvió en esta dirección, inconscientemente, una metáfora vulgar: decir como pipopo sobre un cuerpo *qué buena carrocería...*

No pude escribir más. Algunos días o semanas después, al volver sobre el poema, me pareció que el tema original estaba rebasado por esa revelación. Que una vulgaridad más o menos simpática en las calles de México se me había revelado frente al mar de Ipanema como una imagen mítica. Lo importante de la superposición de imágenes mar natural / mar de automóviles era haber visto el nacimiento de *Venus* en la calle. Lo cual, de otra manera, recreaba el origen de mi asombro: mi propia mitificación de Ipanema como el lugar maravilloso donde desfilan los milagros con naturalidad.

Por esta razón, me pareció importante dejar la referencia a Ipanema; darle menos espacio a la contraposición del mar con las oleadas de automóviles; eliminar la palabra *Venus* y toda comparación visual entre las curvas de un automóvil y la "carrocería" de una mujer, para que eso, precisamente, a través de la sorpresa final, apareciera como una revelación. Descubrí que el poema inesperado no era turístico sino botticelliano.

IPANEMA

*El mar insiste en su fragor de automóviles.
El sol se rompe entre los automóviles.
La brisa corre como un automóvil.*

*Y de pronto, del mar, gloriosamente,
chorroando espuma, risas, desnudadas,
sale un automóvil.*